

## “Impresionante”

### *Individuo errante. Falah Mengu*

FREDDY TÉLLEZ

Sílaba Editores, Medellín, 2017, 259 pp.

*Individuo errante. Falah Mengu* forma parte de una trilogía en la que su autor parece haberse dedicado a convertir el contenido de sus diarios en una aparente autoficción. El relato cubre un período de veinte años que empieza por el final: cuando el protagonista se castiga ejerciendo un empleo oscuro y mecánico en una embotelladora de Lausana. Luego nos devolvemos en el tiempo y vemos el recorrido de lo que podría ser una novela de crecimiento y de educación sentimental, si no fuera porque el personaje no parece aprender nada en el camino y en asuntos sentimentales no deja de ser maleducado.

Cuando el personaje era muy joven lo marcaron los efectos de su primer y único acto terrorista en Bogotá, como militante de un grupo de guerrilleros urbanos: puso una bomba casera en el Ministerio de Gobierno y causó la muerte de una empleada de servicio. La represión de ese recuerdo parece ser el origen de la actitud errática de un personaje que nos lleva y nos trae de un lado a otro sin que consiga ni trate de convencernos de que vale la pena el viaje.

Después del atentado, el personaje obtiene una beca para estudiar en Alemania Oriental, por los tiempos en que cae el muro de Berlín. Allí se casa con una mujer de la que apenas conseguimos saber algo, a pesar de que el matrimonio dura diez años, y después de separarse siguen siendo amigos. Incapaz de establecerse en un solo sitio, el personaje vuelve a Colombia, se radica por un tiempo en Venezuela y en Centroamérica, y en esos lugares trabaja en universidades, oscilando entre la enseñanza y las tareas administrativas. Enseña feminismo y da cursos sobre el amor, sin que el libro ofrezca pruebas de que entiende a las mujeres o de que alguna vez haya amado. Al final regresa a Europa, donde asume una actitud más o menos vagabunda, como una especie de Oliveira, pero con menos gracia.

Su actitud con las mujeres es machista y utilitaria, a pesar de que

reconoce que “su caminar por la tierra” siempre lo ha hecho “a través de una mujer” (p. 197). A su esposa de muchos años la utiliza para obtener una visa y para resolver problemas de hospedaje. En Sevilla, conoce a Ritza, una mujer sobre la que quizá habría sido un placer saber algo, pero el narrador –editor de sus diarios– prefiere obnubilarnos con el menú sevillano. En una ocasión hace la lista completa, casi una página entera, de los más de setenta platos que supuestamente se comió en tres días que estuvo en la ciudad andaluza. Pero de su noviazgo solo sabemos que era conflictivo, sin que se sepan las razones por las que discutían. En una de esas garroteras, la sevillana insulta al protagonista, le dice: “Falah Mengu”, y desde entonces nos la pasamos detrás de este niño-adulto engolosinado con la expresión que, según él, significa “individuo errante”.

En otra época de su vida, radicado en París, el “Falah Mengu” trabaja en la librería de una mujer rica. Allí es feliz, piensa que “la escritura no era sino un pasatiempo” y que lo que de verdad le gustaba “era vender libros” (p. 199); pero la mujer decide vender el negocio y marcharse. Tal vez por eso el personaje se dedica a vendernos los libros que él mismo escribe: páginas y páginas de “pasatiempos” que, si nos las hubieran dejado en calidad de albaceas, le habríamos hecho caso al muerto y las habríamos quemado. Porque el autor mismo insiste en que lo que hace son devaneos de “un neurótico insoportable” (p. 142), un intelectual inhabilitado para la vida: para apreciarla, para vivirla.

La confesión católica era un asunto que se quedaba entre Dios, el confesor y el pecador. Ahí acababa la cosa. Pero la autoficción, cuando no supone una vida o una manera de ver el mundo extraordinarias, se convierte en un platillo profuso y sin sabor. No es posible escribir un infinito número de versiones de *El hombre sin atributos*, y menos si quien nos habla es una persona con una insensibilidad en ocasiones exasperante, que no entiende –que ni parece ver– a las mujeres con las que se relaciona, que va por el mundo acumulando sellos en el pasaporte, sin que los lugares que visita tengan un efecto sobre él. La visita a la tumba de Borges, en Suiza, es reveladora: solo le

sirve para hacer la consabida mención de “Ulrica”, el cuento “colombiano” de Borges, pero el muerto ahí enterrado no parece significar nada. A veces es posible imaginar al narrador transcribiendo menús de restaurantes o folletos turísticos, para decirnos algo de los lugares que visita.

Dos rasgos de estilo resultan notables: la adjetivación y el uso de expresiones desconcertantes. Por lo general, la adjetivación es plana, llena de lugares comunes: Londres es una “ciudad gris” (p. 58), hay “un edificio fabuloso” (p. 62) o un lugar que “es una maravilla” (p. 73) o una ciudad “sencillamente espectacular” (p. 73). Por limitación o pereza, el estado de ánimo más frecuente es la “rareza”: “Me siento muy raro entrando a esa oficina” (p. 64); “Me siento muy raro, muy raro” (p. 72); “Me siento muy raro viviendo en un país donde todo el mundo habla español” (p. 85). Su adjetivo favorito es “impresionante”: en cierto lugar hay “un lujo impresionante” (p. 42); “acaba de ocurrir algo impresionante” (p. 70); hay “una ola impresionante de arrestos” (p. 76); “Estoy viviendo un maremágnum impresionante” (p. 79); “Es impresionante cómo eso [se refiere a la escritura] me ayuda” (p. 84); “mi angustia era impresionante” (p. 108); un castillo era “el más impresionante de la región” (p. 171); alguien relataba historias “con un cinismo impresionante” (p. 206); una exposición de obra de Botero lo “impresionó” (p. 206); y en cierto sitio hay una “vista impresionante sobre el mar” (p. 222).

Lo más cercano al humor –no es seguro que sea voluntario– aparece en ciertas exclamaciones un poco abruptas del narrador, que no dejan de producir alarma en el lector, como cuando se teme que alguien impredecible se pueda poner violento. El “ay, ay, ay” le encanta (pp. 67, 79 y 99); “¡Qué cosa es este mundo! ¡Qué es esta vida! Ah, mon Dieu” (p. 79); “Me dieron la mejor nota. ¡Hurra, hurra!” (p. 81); “Huaauuu” (pp. 102 y 217); “Huy, huy, huy” (p. 208); “De solo pensarlo me da escalofríos. Brrr. Oh, la, la” (p. 253).

El texto tiene atributos externos, en el colofón y en la contraportada, donde se intenta sembrar inquietud sobre los elementos de realidad y de

NOVELA		RESEÑAS
<p>ficción que pueda tener el libro: “Entre máscara y nombre se anida la ficción. Detrás de ellas, juego e ilusión”. Pero una vez sumergidos en la lectura, el interés por distinguir la realidad de la ficción desaparece, porque toda la novela es un prolongado ocultamiento disfrazado de confesión. Si la novela tiene un tema, es el desnudamiento del carácter de un hombre desarraigado, con una “peculiar atracción por el vacío” (p. 170) y “una cierta inercia del no-obrar” (p. 110), quien, una vez llegado a un lugar, sentía que debía irse. Hacia el final, el narrador se dedica a autoflagelarse. Se descubre como un “intelectual que se cree superior a los demás” (p. 257). Se reconoce como “un neurótico impresionante” (p. 246) y proclama el “cretinismo autosuficiente” de su “propio ser” (p. 246). Casi le quita las palabras al lector cuando se describe a sí mismo: “Oh, desgraciado, ridículo. Zopenco. Personaje barato de mitología [se ha comparado con el Palinuro que lamentaba haberse marchado]. Lustrucú. Zoquete. Pazguato. Clopineto. Pisaverde y, y... falámengu, claro. Falah Mengu, ¿verdad?” (p. 259).</p> <p>La novela abunda en reflexiones sobre la escritura. El mismo autor nos dice lo que tenemos en las manos: “una mezcla de reflexiones, confesiones, impresiones y ‘diversos’” (p. 89). La escritura es su “vicio privado” (p. 170), su “pasatiempo” (199) y su “remedio” (p. 84); es “como una ranura por la cual observo el mundo que me rodea, [...] si la abro mucho la luz me enceguece, es decir, la realidad me abruma” (87-88 pp.). Casi al final, el narrador recuerda una cita de Borges: “Yo diría que la literatura es una forma de la alegría. Si leemos algo con dificultad, el escritor ha fracasado”, y agrega: “Pienso en todo lo que he garabateado a lo largo de mi vida y me pregunto, ¿será que yo he fracasado?” (p. 226). Si le damos la razón –en el parentesco que encuentra entre su novela y <i>Niebla</i>, de Unamuno–, la pregunta también está dirigida al lector que ha llegado hasta las páginas finales. Si ese lector llegó hasta allí porque quiso reseñar una novela que no hubiera sido editada por una editorial comercial, si ese lector sintió que el viaje fue penoso y que lo único que lo obligó a terminarlo fue el compromiso adquirido</p>	<p>de reseñar el libro, la respuesta solo puede ser una: ¡Caramba! ¡Huauuu! ¡Ay, ay, ay! <i>Mon Dieu</i>. Brrrr. <i>Oh, la, la, la</i>. ¡Qué manera tan impresionante de perder el tiempo!</p> <p style="text-align: center;"><b>Gustavo Arango</b></p>	